

ta que apeándose todos, pararon á significarse su reciproco cariño con estrechos abrazos y finos parabienes de verse todas las expediciones juntas y ya en su anhelado destino.

Las funciones que en aquel puerto practicaron después de su llegada á él, así el señor gobernador, principal jefe y comandante, con el reverendo padre presidente, se verán en el siguiente capítulo, el cual ocupará la carta que á su llegada me escribió mi venerado padre lector fray Junipero, en que me dá noticia de su viaje, y del de los demás, con las providencias y determinaciones de los señores comandantes de mar y tierra.

## CAPITULO XVI.

COPIA DE CARTA DEL VENERABLE PADRE Y LO QUE DETERMINÓ EN SAN DIEGO SOBRE LA EXPEDICION.

“Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco de Palou.—Carísimo mio y mi señor: Celebraré que vuestra reverencia se halle con salud y trabajando con mucho consuelo y felicidad en el establecimiento de esa nueva misión de Loreto y de las otras, y que cuanto antes venga el refuerzo de nuevos ministros para que todo quede establecido en buen orden para consuelo de todos. Yo, gracias á Dios, llegué antes de ayer dia 1º de este mes á este puerto de San Diego, verdaderamente bello y con razon famoso. Aquí alcancé á cuantos habian salido primero que yo, así por mar como por tierra, menos los muertos. Aquí están los compañeros padres Crespi, Vizcaino, Parron, Gomez y yo, todos buenos, gracias á Dios. Aquí están los dos barcos, y el San Carlos sin marineros, porque todos se han muerto del mal de loanda, y solo le ha quedado uno y un cocinero. El San Antonio, alias el Príncipe, cuyo capitan es don Juan Perez, paisano de la ribera de Palma, aunque salió un mes y medio después, llegó acá veinte dias antes que el otro. Estando ya próximo á salir para Monterey, llegó San Carlos, y para socorrerle con su gente, esta se le infestó tambien y se le murieron ocho; y en fin, lo que han resuelto es que dicho San Antonio se vuelva desde aquí á San Blas y traiga marineros para él y para San Carlos, y después irán los dos: veremos el paquebot San José cómo llega, y si viene bien, el postrero será el primero que vaya.

“Han sido la ocasion del atraso de San Carlos dos cosas: la primera, que por el mal barrilaje, de donde inopinadamente hallaron que se salía el agua, y de cuatro barriles no podian llevar uno, hubieron de repente de arribar á tierra á haberla, y la cogieron de mala parte y calidad, y por ella empezó á enfermar la gente: la

segunda fué, que por el error en que estaban todos, así su ilustrísima como los demás, de que este puerto estaba en altura de 33 á 34 grados de polo, pues de los autores unos dicen lo uno y otros lo segundo, dió orden apretada al capitan Vila (y lo mismo al otro) que se enmarasen mar adentro hasta la altura de 34 grados, y después recalasen en busca de dicho puerto; y como este, *in rei veritate*, no está en mas altura que la de 32 grados y 34 minutos, según la observacion que han hecho estos señores, por tanto pasaron mucho mas arriba de este puerto, y cuando lo buscaron no lo hallaban, por eso se les hizo mas larga la navegacion, y como la gente ya enferma se llegó mas al frio y proseguian con la agua mala, vinieron á postrarse de manera, que si no encuentran tan breve con el puerto, perecen todos, porque ya no podian echar la lancha al mar para hacer agua ni otra maniobra. El padre fray Fernando trabájó mucho con los enfermos, y aunque llegó flaco no tuvo especial novedad y ya está bueno; pero ya que salió con bien, no quiero que se vuelva á embarcar y se queda gustoso acá.

“En esta ocasion escribo largo á su ilustrísima, al colegio y á nuestro padre comisario general; por eso estoy algo cansado, y si no fuera porque el capitan Perez, viéndome atareado hace la entretenida, creo se habria ido sin poder escribir de provecho. Por lo que toca á la caminata del padre fray Juan Crespi con el capitan, me dice que escribe á vuestra reverencia por este mismo barco, y así no tengo que decir. En cuanto á mí, la caminata ha sido verdaderamente feliz y sin especial quebranto ni novedad en la salud. Salí de la frontera malísimo de pié y pierna; pero obró Dios (esta expresion alude al medicamento del arriero) y cada dia me fui aliviando y siguiendo mis jornadas como si tal mal tuviera. Al presente el pié queda todo limpio como el otro; pero desde los tobillos hasta media pierna está como antes estaba el pié, hecho una llaga, pero sin hinchazon ni mas dolor que la comezon que da á ratos; en fin, no es cosa de cuidado. No he padecido hambre ni necesidad, ni la han padecido los indios neófitos que venian con nosotros, y así han llegado todos sanos y gordos. He hecho mi diario, del que remitiré en primera ocasion un tanto á vuestra reverencia. Las misiones en el tramo que hemos visto, serán todas muy buenas, porque hay buena tierra y buenos aguajes, y ya no hay por acá ni en mucho trecho atrás piedras ni espinas: cerros si hay continuos y altísimos, pero de pura tierra; los caminos tienen de bueno y de malo y mas de este segundo, pero no cosa mayor: desde medio camino ó antes, empiezan á estar todos los arroyos y valles hechos unas alamedas. Parras las hay buenas y gordas, y en algunas partes cargadísimas de uvas. En va-

rios arroyos del camino y en el paraje en que nos hallamos, á mas de las parras hay varias rosas de Castilla. En fin, es buena y muy distinta tierra de la de esa antigua California.

“De los dias que van de 21 de mayo en que salimos de San Juan de Dios, según escribí á vuestra reverencia, hasta 1º de julio que llegamos acá, quitados como ocho dias que enteramente hemos dado de descanso á los animales, uno aquí y otro acullá, todos los dias hemos caminado; pero la mayor jornada ha sido de seis horas, y de estas solo ha habido dos, y las demás de cuatro á cuatro y media, de tres, de dos y de una y media, como cada dia expresa el diario, y eso á paso de recua; de lo que se infiere que habilitados y enderezados los caminos podrán ahorrar muchas leguas de rodeos excusados; no está esto muy lejos, y creo después de dicha diligencia, podrá ser materia de unos doce dias para los padres, que los soldados ahora dicen que irán á la ligera hasta la frontera de Vellicatá en mucho menos.

“Gentilidad la hay inmensa, y todos los de esta contra-costa (del mar del Sur) por donde hemos venido, desde la ensenada de Todos Santos, que así la llaman los mapas y derroteros, viven muy regalados con varias semillas y con las pescas que hacen en sus balsas de tule, en forma de canoas, con lo que entran muy adentro del mar, y son afabilísimos, y todos los hombres, chicos y grandes, todos desnudos, y mujeres y niñas honestamente cubiertas, hasta las de pecho, se nos venian, así en los caminos como en los parajes, nos trataban con tanta confianza y paz como si toda la vida nos hubieran conocido, y queriéndoles dar cosa de comida, solian decir que de aquello no, que lo que querian era ropa, y solo con cosa de este género eran los cambalaches que hacian de su pescado con los soldados y arrieros. Por todo el camino se ven liebres, conejos, tal cual venado y muchísimos verrendos.

“La expedicion de tierra me dice el señor gobernador la quiere proseguir juntamente con el capitan de aquí á tres dias ó cuatro, y aquí nos dejará (dice) ocho soldados de cuera de escolta y algunos catalanes enfermos, para que si mejoran sirvan. La misión no se ha fundado, pero voy luego que salgan á dar mano á ello. Amigo, aquí me hallaba cuando me vino el paisano capitan diciéndome que ya no puede esperar mas sin quedar mal, y así concluyo con decir que estos padres se encomiendan mucho á vuestra reverencia; que quedamos buenos y contentos; que me encomiendo al padre Martinez y demás compañeros, á quienes tenia ánimo de escribir; pero no puedo y lo haré en primera ocasion. Esta la incluyo al padre Ramos, que el paisano me dice que va á dar al Sur, para que la lea y la remita

“á vuestra reverencia, cuya vida y salud guarde Dios muchos años. De este puerto y destinada nueva misión de San Diego en la California Setentrional, y julio 3 de 1769.—B. L. M. de vuestra reverencia su afectísimo hermano y siervo—Fray Junipero Serra.”

Habiendo llegado al puerto de San Diego el paquebot San Antonio, alias el Príncipe, el dia 11 de abril, y el San Carlos veinte dias después, se juntó esta expedicion marítima con la de tierra, cuyo primer trozo, mandado del señor capitan, entró allí á 14 de mayo, y el segundo, del cargo del señor gobernador, á 1º de julio. En este lugar hicieron junta ambos señores comandantes para conferir y determinar lo que debia ejecutarse respecto á la poca gente de mar que existia viva y libre de aquel contagio en la capitana, así de tripulacion como de la tropa que de la California habia venido, pues por esta razon no podian cumplirse ya las instrucciones que traian del señor visitador general. En atencion á todo esto resolvió la expresada junta que el paquebot San Antonio á cargo de su capitan D. Juan Perez, con la tripulacion capaz de hacer viaje, se regresase sin dilacion alguna al puerto de San Blas, así para dar cuenta á la capitana general, como para conducir la tripulacion que ambos barcos necesitaban. Así lo ejecutó saliendo el dia 9 de julio, y después de dias llegó á San Blas con muy poca gente, por habérsele muerto en el camino nueve hombres, cuyos cadáveres hubo de echar al agua.

Asimismo se determinó que en el hospital en el puerto de San Diego quedasen todos los enfermos, así soldados como marineros, con algunos de los que estaban sanos para que los cuidasen, y el cirujano francés D. Pedro Prat; que la capitana San Carlos quedase fondeada, y en ella el capitan comandante D. Vicente Vila, el pilotin con unos cuatro ó cinco marineros y convalescientes y un muchacho; quedando de acuerdo que luego que llegase el tercer paquebot San José, se quedase fondeado con sola la gente muy precisa, para que pasando la restante á la capitana, quedase esta habilitada y caminase para Monterey, donde la esperaria la expedicion de tierra, que habia de salir luego que se hiciese á la vela el Príncipe.

Dispúsose todo lo necesario de víveres y demás que se juzgó conveniente para un viaje desconocido y á juicio de todos dilatado. Los bastimentos y cargas de utensilios pertenecientes á iglesia, casa y campo que habian conducido las expediciones, se dejaron en San Diego, quedando para su custodia ocho soldados de cuera.

En vista de lo determinado por la junta de los citados señores comandantes, nombró nuestro venerable padre presidente, de los cinco padres que se hallaban en San Diego, á fray Juan Crespi y fray Francisco Gomez para que fuesen con la expedicion de tierra destinada á Monterey; y

el venerable padre con los otros dos fray Juan Vizcaino y fray Fernando Parron, se quedaron en San Diego entre tanto llegaba el paquebot San José, por tener determinado entonces el siervo de Dios embarcarse en el primer barco que subiese á Monterey.

Luego que se verificó la salida del Príncipe el día 9 (como queda dicho), se determinó el día en que había de marchar la expedición de tierra, y fué señalado por el señor comandante el día 14, en que se celebra al seráfico doctor San Buenaventura, y nombró para el viaje á las sesenta y seis personas siguientes: el señor gobernador D. Gaspar de Portolá, primer comandante, con un criado; los dos padres ya referidos y dos indios neófitos de la antigua California para su servicio; D. Fernando Rivera y Moncada, capitán y segundo comandante, con un sargento y veintiseis soldados de su compañía de cuera; D. Pedro Fajés, teniente de la compañía franca de Cataluña, con los siete de sus soldados que le habían quedado aptos para el viaje, por habersele muerto muchos y quedado los demás en San Diego enfermos; D. Miguel Constanzó, ingeniero, siete arrieros y quince indios californios neófitos para gastadores y ayudantes de arrieros en los atajos de mulas que conducían todos los bastimentos que se consideraron suficientes, á efecto de que no se experimentase hambre ni necesidad, según los repetidos encargos del señor visitador general.

Hechas todas estas disposiciones y después de haber celebrado el santo sacrificio de la misa todos los padres al santísimo patriarca señor san José, como patrono de las expediciones, y al seráfico doctor san Buenaventura (en cuyo día se hallaban), salió la expedición de San Diego, tomando el rumbo al Noroeste y á la vista del mar Pacífico, cuya costa tira al mismo viento. Fué la salida á las cuatro de la tarde, y hubieron de parar después de haber andado dos leguas y media. El curioso que quisiere saber de este viaje, lo remito al diario que por extenso formó el padre fray Juan Crespi en el mismo camino, tomando el trabajo en las paradas de escribir lo que habían andado cada día con las particularidades ocurridas; y no lo inserto en esta relación por evitar tanta difusión, considerando esta tarea ajena del venerable padre Junípero, y paso á referir lo que este practicó en San Diego interin la expedición salía á explorar el puerto de Monterey.

#### CAPITULO XVII.

FUNDA LA SEGUNDA MISION DE SAN DIEGO, Y LO QUE SUCEDIÓ EN ELLA.

Aquel fervoroso celo en que continuamente ardía y se abrasaba el corazón de nuestro venerable padre fray Junípero, no le permitía olvidar el principal objeto de su venida, y él fué quien le

obligó (á los dos días de salida la expedición) á dar principio á la doctrina de San Diego en el puerto de este nombre, con que se conocía desde el año de 1603 y lo había señalado el general don Sebastian Vizcaino. Hizo la función del establecimiento con la misa cantada y demás ceremonia, de costumbre que quedan expresadas en el tratado de la fundación de la de San Fernando el día 16 de julio, en que los españoles celebramos el triunfo de la santísima cruz, esperanzado en que así como en virtud de esta sagrada señal lograron los españoles en el propio día, el año de 1212, aquella célebre victoria de los bárbaros mahometanos, lograrían también levantando el estandarte de la santa cruz, ahuyentar á todo el infernal ejército y sujetar al suave yugo de nuestra santa fe la barbaridad de los gentiles que habitaban esta nueva California; y mas implorando el patrocinio de María santísima, á quien en el mismo día celebra la Iglesia bajo el título del Monte Carmelo. Con esta fe y celo de la salvación de las almas, levantó el venerable padre Junípero el estandarte de la santa cruz, fijándola en el sitio que le pareció mas propio para la formación del pueblo y á la vista de aquel puerto. Quedaron de ministros nuestro venerable padre y fray Fernando Parron, y con la poca gente que existía sana, en los ratos que no era preciso asistir á los enfermos, se fueron construyendo unas humildes barracas; y habiéndose dedicado una para iglesia interina, se procuraron atraer allí con dádivas y afectuosas expresiones á los gentiles que se dejaban ver; pero como quiera que estos no entendían nuestro idioma, no atendían á otra cosa que á recibir lo que se les daba, como no fuese comida, porque esta de manera alguna quisieron probarla, de suerte que si á algún muchacho se le ponía un pedazo de dulce en la boca, lo arrojaba luego como si fuese veneno. Desde luego atribuyeron la enfermedad de los nuestros á las comidas que ellos jamás habían visto. Esta fué, sin duda, singular providencia del Altísimo, porque si como apreciaban la ropa se hubieran aficionado de los comestibles, hubieran acabado por hambre con aquellos españoles.

Siendo tan grande su aversión á nuestras comidas, no era menor el deseo con que ansiaban por la ropa, hasta pasar al hurto de cuantas podían de esta clase; llegando á tanto extremo, que ni en el barco estaban seguras sus velas, pues habiéndose arrimado una noche á él con sus balsas de tule, los hallaron cortando un pedazo de una, y en otra ocasión un calabrote para llevárselo. Esto dió motivo á poner á bordo la centinela de dos soldados (de los ocho de cuera que habían quedado), y con este temor hubieron de contenerse; pero á la misión se le minoró la escolta, y mas en los días festivos que era menester fuesen con el padre que iba á celebrar misa en el barco, otros dos soldados de resguardo por si se verificaba algún insulto de los gentiles.

Todo esto observaron ellos atentamente, ignorando la fuerza de las armas de fuego y confiando en la multitud de gente que tenían y en sus flechas y macanas de madera, en forma de sables, que cortan como el acero; y otras como porras ó mazos, con que hacen mucho estrago, empezaron á robar sin temor alguno, y viendo que no se les permitía, quisieron probar fortuna quitando la vida á todos los nuestros y quedando ellos con los expolios. Así lo intentaron hacer en los días 12 y 13 de agosto; pero habiendo hallado resistencia hubieron de retirarse.

El día 15 del mismo mes en que se celebra la gran festividad de la gloriosa Asunción de nuestra Reina y Señora de los cielos, luego que salieron con el padre fray Fernando, que iba á decir misa á bordo, dos de los soldados quedando solos cuatro en la misión; y habiendo acabado de celebrar el santo sacrificio el venerable padre presidente y el padre Vizcaino, en que comulgaron algunos, cayó un gran número de gentiles, armados todos á guerra, y empezaron á robar cuanto encontraban, quitando á los pobres enfermos hasta las sábanas con que se cubrían. Gritó luego al arma el cabo, y viendo los contrarios la acción de vestirse los soldados las cueras y adargas (armas defensivas con que se burlan de las flechas) y que al mismo tiempo tomaban los fusiles, se apartaron empezando á disparar sus flechas; y los cuatro soldados, carpintero y herrero, á hacer fuego con valor, pero principalmente el herrero, que sin duda la sagrada comunión que acababa de recibir le infundió extraordinario aliento; y no obstante de no tener cuera para resguardo, iba por entre medio de las casas ó barracas gritando: "Viva la fe de Jesucristo y mueran esos perros enemigos de ella;" y haciendo fuego al mismo tiempo contra los gentiles.

El venerable padre presidente con su compañero se hallaba dentro de la barraca, encomendando á Dios á todos para que no resultase alguna muerte, así de los gentiles para que no se perdiesen aquellas almas sin bautismo, como de los nuestros. Quiso el padre Vizcaino mirar si se retiraban los indios, y con este fin alzó un poco la manta de ixtle ó pita que servía de puerta á aquella habitación; pero no bien lo hubo hecho, cuando una flecha le hirió la mano (que aunque después sanó, le quedó siempre malo un dedo), y con esto, dejando caer la cortina, no trató mas que de encomendarse á Dios, como lo hacía su siervo fray Junípero.

Continuando la guerra y los funestos alaridos de los gentiles, se entró á toda prisa en la barraca de los padres el mozo que los cuidaba, llamado José María, y postrándose á los pies de nuestro venerable, le dijo: "Padre absuélvame, que me han muerto los indios." Absolviólo é inmediatamente quedó muerto, pues le habían traspasado la garganta, y ocultando los ministros esta muerte, la ignoraron los gentiles. De estos ca-

yeron varios; y viendo los otros la fuerza de las armas de fuego y el valor de los cristianos, se retiraron luego con sus heridos, sin dejar alguno tirado, para precaver que los nuestros supiesen, como no lo consiguieron, si había muerto alguno en el combate. De los cristianos quedaron heridos, á mas del padre Vizcaino, un soldado de cuera, un indio californio y el valeroso herrero; pero ninguno de cuidado, pues en breve tiempo sanaron todos, y la muerte del citado mozo quedó en silencio.

De los gentiles, aunque ocultaron los difuntos, se supo los que quedaron heridos, pues á pocos días vinieron de paz, pidiendo los curasen, como lo hizo de caridad el buen cirujano y los puso buenos. Esta caridad que observaron en los nuestros, obligó á los indios á cobrarles algún afecto; y la triste experiencia de su desgraciada empresa les infundió temor y respeto, con que se portaron ya de distinto modo que antes, frecuentando visitar la misión, pero sin ningún aparato de armas.

Entre los que mas se acercaban, había un indio de quince años que raro día dejaba de asistir, y ya comía sin el menor recelo cuanto le daban los padres. Procuró nuestro fray Junípero regalarlo y que aprendiese algo de nuestro idioma, para ver si por este medio conseguía algún bautismo de los párvulos. Pasados algunos días y entendiéndolo ya algo el indio, le dijo el venerable padre que viese si le traía algún chiquito, con consentimiento de sus padres; que lo haría cristiano como nosotros echándole una poca de agua en la cabeza, con que quedaria hijo de Dios y del padre y pariente de los soldados, que ellos llamaban *cuerés*, y le regalaría ropa para que anduviese vestido como los españoles. Con estas expresiones y otras que su fervoroso celo le hacia idear, parece que el indio lo entendió, y comunicándolo á los demás, vino dentro de pocos días con un gentil, y otros muchos que lo acompañaban, que traía en brazos un niño y daba á entender por las señas que hacía que era su voluntad se lo bautizasen. Llenándose de gozo nuestro venerable padre, dió luego una poca de ropa para cubrir al niño, convidó al cabo para padrino y á los soldados para que solemnizasen el primer bautismo, que presenciaron también los indios. Luego que el venerable padre concluyó las ceremonias y estando para echarle la agua, arrebataron los gentiles al niño y se marcharon con él á la rancharía, dejando al venerable padre con la concha en la mano. Aquí fué menester toda su prudencia para no inmutarse con tan grosera acción, y su respeto para contener á los soldados no vengasen el desacato, pues considerando la barbaridad é ignorancia de aquellos miserables, fué preciso el disimular.

Fué tanto el sentimiento de nuestro venerable padre por habersele frustrado bautizar á aquel niño, que por muchos días le duró, y se miraba

en su semblante el dolor y pena que padecía; atribuyendo su reverencia á sus pecados el hecho de los gentiles, y aun después de pasados años cuando contaba este caso, necesitaba enjugarse los ojos de las lágrimas que vertía, concluyendo con estas palabras: "Demos gracias á Dios, que ya tantos se han logrado sin la menor repugnancia." Así fué, pues logró ver en aquella misión de San Diego el número de 1046 bautizados, entre párvulos y adultos, que todos deben esta dicha al apostólico afán de nuestro venerable presidente; y entre ellos fueron muchos de los mismos que intentaron quitarle la vida á los principios.

Muy contraria fué la suerte que tuvo un infeliz de los principales motores de este alboroto, que lejos de imitar á los demás en el arrepentimiento, permaneció obstinado en sus gentilicos errores, y fué tambien de los primeros que se sublevaron el año de 75, de que hablaré en su lugar y de los que ocurrieron á la cruel muerte y martirio del venerable padre fray Luis Jayme. Estando por este último hecho preso con otros muchos en el cuartel del presidio, bajó por el mes de agosto de 1776 el venerable padre fray Junípero, llegó allí el siervo de Dios y quiso visitar á los encarcelados, así para darles algun consuelo como para exhortarlos á que se convirtiesen á nuestra santa fe. El sargento enseñó á nuestro venerable presidente el miserable gentil que con los demás estaba en cepo, y era el mismo que intentó en el año de 1769 quitarle la vida á su reverencia y demás al principio de la fundación. Aquí desahogó el ardor de su celo nuestro venerado padre en continuas exhortaciones y amorosas pláticas á aquel infeliz, persuadiéndole á que se hiciese cristiano, seguro de que en tal caso Dios nuestro señor y el rey le perdonarían sus delitos; pero no pudo sacarle palabra: cuando compungidos los demás pidieron al siervo de Dios intercediese por ellos, que querían ser cristianos, como se logró después. Este desventurado gentil, siendo homicida de sí mismo, amaneció muerto el día 15 de agosto de 1776, que hacía siete años puntualmente de la primera invasión, siendo de admirar que al lado de los compañeros se echó una soga al cuello, con que se quitó la vida y no hubo quien lo advirtiese, ni la confinela, ni los presos que estaban inmediatos. Quedaron todos confundidos, así con aquel desastrado fin del infeliz, como por haber sucedido en el mismo día de la Asunción de nuestra Señora, en que se cumplían los siete años que había intentado matar al venerable padre fray Junípero y demás que lo acompañaban; con lo que se hubieran frustrado las espirituales conquistas, como después veremos.

## CAPITULO XVIII.

REGRÉSASE LA EXPEDICION Á SAN DIEGO SIN HABER HALLADO EL PUERTO DE MONTEREY, Y LOS EFECTOS QUE CAUSÓ ESTA IMPENSADA NOVEDAD.

El día 24 de enero de 1770 llegó de vuelta á San Diego la expedición de tierra, que había salido el día 14 de julio del año anterior, habiendo gastado seis meses y diez días, y pasado muchos trabajos, como refiere en su diario mi amado padre discípulo fray Juan Crespi, trayendo la triste noticia de no haber hallado el puerto de Monterey, en que estuvo fondeada la expedición marítima del almirante don Sebastián Vizcaino el año de 1603, siendo virrey de la Nueva España el conde de Monterey, y que habían llegado al puerto de nuestro padre San Francisco, cuarenta leguas mas arriba al Noroeste.

Escribíome esta noticia el padre fray Juan Crespi, que fué con la expedición, añadiéndome que se recelaban se había cegado el puerto, pues hallaron unos grandes méganos ó cerros de arena. Luego que leí esta noticia atribuí á disposición divina el que no hallando la expedición el puerto de Monterey en el paraje que lo señalaba el antiguo derrotero, signiese hasta llegar al puerto de nuestro padre San Francisco, por lo que voy á referir.

Cuando el venerable padre fray Junípero trató con el ilustrísimo señor visitador general sobre las tres misiones primeras que le encargó fundar en esta nueva California, viendo los nombres y patronos que les asignaba, le dijo: "Señor, ¿y para nuestro padre San Francisco no hay una misión?" A lo que respondió: *Si San Francisco quiere misión, que haga se halle su puerto y se le pondrá.* Subió la expedición: llega al puerto de Monterey; paró y plantó en él una cruz, sin que lo conociese ninguno de cuantos iban, siendo así que leían todas sus señas en la historia: suben cuarenta leguas mas arriba, se encuentran con el puerto de San Francisco nuestro padre, y lo conocen luego todos por la concordancia de las señas que llevaban. En vista de esto, ¿qué hemos de decir sino que nuestro santo padre quería misión en su puerto?

Así lo juzgaría el ilustrísimo señor visitador general, pues en cuanto recibió la noticia que ya su ilustrísima se hallaba en Méjico, negoció con el excelentísimo señor virrey que se fundase la misión en el citado puerto; y lo tomó con tanto empeño, que viniendo diez ministros para cinco misiones en el paquebot San Antonio, encargó al capitán que si arribaba primero al puerto de San Francisco que al de Monterey, y dos de los misioneros se animaban á quedarse allí para dar mano sin pérdida de tiempo á la fundación, los desembarcarse con todos los avios pertenecientes á aquella doctrina; que les dejase un competente

## CAPITULO XIX.

CARTA DEL VENERABLE PADRE, Y LO QUE EN SU VISTA PRACTIQUÉ.

"Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector presidente fray Francisco Palou.—Amantísimo compañero y muy señor mio: En el discurso de diez meses y diez días que han pasado desde que di á vuestra reverencia el último abrazo en su misión de San Javier, hasta el día de la fecha, sobre la frecuente memoria de vuestra reverencia que es consiguiente á nuestra antigua amistad y favores, me ha ocupado el amor que le profeso, en largos ratos, de pensar cómo le habrá ido de trabajos para allanar los asuntos, que en mi salida no quedaban muy en su lugar; y aunque todo lo ignoro, me he compadecido bastante de lo que tengo por muy verosímil haya sucedido. Quiera la infinita bondad de Dios, que siquiera ahora esté ya todo en buen estado, y vuestra reverencia goce paz y todo consuelo. Yo, gracias á Dios, he tenido y tengo salud, y con esto lo digo todo. Ultra de las cartas que últimamente escribí desde una jornada mas acá de San Juan de Dios, escribí tambien á vuestra reverencia acabado de llegar á este puerto de San Diego, á principios de julio del año pasado. Si recibí, como supongo, aquella carta, ya por ella vería cómo me fué bien en el camino, que es bien poblado de gentilidad, y que pasadas algunas jornadas de San Juan de Dios, así que comienzan, prosiguen los parajes, no solo buenos, sino excelentes para muchas misiones, que podrán formar una bella cordillera para esta de San Diego, que se fundó día del Triunfo de la Santa Cruz y nuestra Señora del Cármen, 16 de julio, asentándonos de ministros de ella el padre fray Fernando y yo, como que el padre Crespi y el padre Gomez habían salido dos días antes para Monterey, dejando en esta al padre fray Fernando con el padre Murguía, que en breve esperaba con el paquebot San José; pero hoy es el día en que ni hay barcos, ni San Buenaventura ni Monterey; y de lo que mas hablan algunos es del desamparo y abolicion de esta mi pobre misión de San Diego. No permita Dios que tal suceda. "Los que salieron de acá día del señor san Buenaventura para Monterey, vinieron día 24 de enero del presente año, con el mérito de haber padecido, comido mulas y mulos y no haber hallado tal Monterey; que juzgan se habrá cegado tal puerto, por los grandes méganos que de arena hallaron en el sitio donde se había de encontrar, y yo ya casi lo he creído tambien. Y porque he visto las cartas que escriben á vuestra reverencia el padre fray Juan Crespi y el sargento Ortega, omito todo lo tocante á la peregrinacion de ellos, y solo me

“ queda el lamentarme de ver los lentos pasos  
“ con que se anda y de los recelos de que no se  
“ quede tanta mies que parece que no puede es-  
“ tar de mas sazon sin poner mano á ella, aca-  
“ bándola tantos de ver y palpar con tantas cir-  
“ cunstancias. Vuestra reverencia, por amor de  
“ Dios, desde ahí procure hacer todos los buenos  
“ oficios que pueda para que esto vaya adelante.  
“ Si yo supiese como se halla eso y si han ve-  
“ nido ó no los de la mision de España, sabria lo  
“ que puedo pedir; pero ahora, y mas ignorando  
“ si vendrán ó no ó cuándo vendrán barcos, na-  
“ da puedo determinadamente pedir, y esta ne-  
“ gacion de comunicacion con vuestra reveren-  
“ cia y esas misiones, es sin duda uno de los  
“ grandes trabajos de por acá, y lo menos para  
“ lo que la deseo es para algun socorro, aunque  
“ las necesidades sean bastantes, que mientras  
“ hay salud, una tortilla y yerbas del campo,  
“ ¿qué mas nos queremos? Solo el estarnos sin  
“ noticia de nada, y á todos para poder pasar  
“ adelante, y aun con dudas de si se habrá de  
“ desamparar lo ganado, es lo que aflige; aunque  
“ yo, por la misericordia de Dios, me hallo bien  
“ sosegado y contento con lo que Dios dispu-  
“ siere.

“ Aquí tres ocasiones me he considerado y ha-  
“ llado en peligro de muerte de mano de estos  
“ pobres gentiles, que fué el dia de la seráfica  
“ madre santa Clara, el dia de san Hipólito y el  
“ dia de la Asuncion de nuestra Señora, en que  
“ me mataron á mi José María que traje desde  
“ Loreto; pero gracias á Dios ya estamos con  
“ mucho sosiego. En los dias inmediatos des-  
“ pués, en que todavía estábamos con muchos  
“ recelos de que repitiesen su avance, escribí,  
“ aunque con mucha incomodidad, una larga car-  
“ ta á vuestra reverencia para remitirla al barco,  
“ y que si me matasen sirviese de despedida y  
“ de noticia, y que vuestra reverencia la diese al  
“ colegio, como se lo suplicaba; y como poco á  
“ poco se fué esto serenando, no la remití, y aho-  
“ ra que la he buscado, no he podido en modo  
“ alguno hallarla.

“ Para que vuestra reverencia sepa todo, va un  
“ trozo del pliego que escribo á su ilustrísima el  
“ señor visitador general, para que lo lea, y des-  
“ pués cerrarlo y enviárselo; y cuanto en él lee-  
“ rá haga la cuenta que lo escribo á vuestra re-  
“ verencia ya que no tengo lugar de repetirlo;  
“ que como escrito mio, lo puedo comunicar á  
“ quien gustare. Me parece que vuestra reve-  
“ rencia desde ahí puede ayudar mas á esta obra  
“ que si viniese acá personalmente. Y así, por  
“ Dios, no trate vuestra reverencia de venirse  
“ hasta que yo avise, si con el tiempo y nuevo  
“ aspecto que tomen las cosas lo hallase conve-  
“ niente. Por ahora se va con el capitán el pa-  
“ dre Vizcaino, herido de la mano.

“ Aquí quedamos los padres fray Juan Crespi,  
“ fray Fernando Parrón, fray Francisco Gomez

“ y yo, por si viniesen los barcos y pudiésemos  
“ poner segunda mision. Si vemos se van aca-  
“ bando los víveres y la esperanza, me quedaré  
“ con solo el padre fray Juan, para aguantar  
“ hasta el último esfuerzo. Dios nos dé su san-  
“ ta gracia, y encomiéndenos á Dios para que  
“ así sea. Si vuestra reverencia viese que van  
“ á traer el ganado que quedó en Vellicatá, re-  
“ mítanos una porcioncita de incienso; que ha-  
“ biendo venido cargando los incensarios, se nos  
“ olvidó; y podrán venir los calendarios, si hu-  
“ biesen venido, y los nuevos santos óleos en  
“ caso de haber venido de Guadalajara.

“ Se sacarán en limpio los diarios, así el mio  
“ como el del padre fray Juan, cuanto antes se  
“ pueda, y harto siento no vayan ahora; pero es  
“ aquí mucha la incomodidad, y á veces la gana  
“ es bien poca: con todo, nos esforzaremos é  
“ irán lo mas breve que se pueda. Otras mu-  
“ chas cosas dijera á vuestra reverencia; pero  
“ con tantas variaciones y contingencias, no me  
“ puedo explicar ni extender mas. A todos los  
“ compañeros me encomiendo con fina voluntad;  
“ y el que no tenga carta mia, no lo atribuya á  
“ falta de querer, sino de poder. Estos padres  
“ se encomiendan á vuestra reverencia con veras  
“ de su corazon, y fray Fernando dice que ya  
“ sabe vuestra reverencia es mal escribiente, y  
“ que esta va en nombre de todos, y que lo en-  
“ comiende á Dios. Cuando vuestra reverencia  
“ escriba al colegio dará á todos de mi parte mil  
“ memorias; y con esto adios hasta otra oca-  
“ sion, que quizá no será tan larga como esta; y  
“ Su Majestad guarde á vuestra reverencia mu-  
“ chos años en su santo amor y gracia. Mision  
“ de San Diego en su puerto y gentilidad de Ca-  
“ lifornia, en 10 de febrero de 1770.—B. L. M.  
“ de vuestra reverencia su afectísimo amigo y  
“ siervo—Fray Junipero Serra.”

Luego que recibí esta y las demás cartas, pa-  
“ sé á estrecharme con el señor teniente de gober-  
“ nador para que diese las convenientes disposicio-  
“ nes á efecto de que en la mision de San Fernan-  
“ do en Vellicatá se aprontasen cuantos bastimen-  
“ tos se pudiese, y que cuanto antes se volviese  
“ para San Diego el señor capitán con los diez y  
“ nueve soldados que habia traído; como asimismo  
“ que se llevasen las reses, para evitar el abandono  
“ de aquel puerto, y que en caso de haberse ya  
“ desamparado, tuviese la gente mas pronto el so-  
“ corro. Así lo hizo con grande eficacia el señor  
“ gobernador, y fué de tanta utilidad como des-  
“ pués veremos.

## CAPITULO XX.

LO QUE TRABAJÓ EL VENERABLE PADRE JUNÍPE-  
RO Á FIN DE NO DESAMPARAR EL PUERTO Y  
MISION DE SAN DIEGO.

Desde el instante mismo en que el señor go-

bernador publicó la retirada de la expedicion pa-  
“ ra la antigua California, en caso de que no llega-  
“ se barco para el dia 19 de marzo, apenas se ha-  
“ blaba en San Diego de otra cosa que del viaje;  
“ pareciéndoles, así á los oficiales como á los ma-  
“ rineros, dilatado el plazo que el citado señor ha-  
“ bia puesto para el dia después de la festividad  
“ del santísimo patriarca señor san José, que, co-  
“ mo queda dicho, estaba elegido por el ilustrísimo  
“ señor visitador general para patrono de las expe-  
“ diciones. En San Diego todo era hablar de la  
“ retirada y disponerla; decian que la gente que  
“ se juzgase apta para suplir de marineros, se em-  
“ barcaba en el paquebot San Carlos, que la res-  
“ tante caminaria por tierra.

Todas estas hablillas y disposiciones eran otras  
“ tantas saetas que penetraban el corazon fervoro-  
“ zo de nuestro venerable padre presidente, quien  
“ incesantemente encomendaba á Dios este asunto  
“ en sus santas oraciones, pidiéndole el arribo del  
“ barco antes que llegase el dia señalado para la  
“ retirada, para que no se perdiese la ocasion de  
“ convertirse á Dios tantas almas como gentiles ten-  
“ nian á la vista; y que si entonces no se lograba  
“ la reduccion, podria imposibilitarse, ó á lo me-  
“ nos dilatarse por muchos años. Acordábase que  
“ habia ciento sesenta y seis, que nuestros españo-  
“ les habian estado en aquel puerto por mar sola-  
“ mente, y que desde entonces no se habia vuelto  
“ á ver; y que si ahora, habiendo tomado de él ju-  
“ rídica posesion y empezado á poblar, se desam-  
“ paraba, podrian pasarse muchos siglos sin lograr  
“ otro tanto.

Estas consideraciones y los ardientes deseos de  
“ convertir almas para Dios, hicieron resolver á su  
“ siervo la subsistencia en San Diego, aunque la  
“ expedicion saliese; y para esto convidó á su dis-  
“ cipulo el padre fray Juan Crespi, quien se ofre-  
“ ció gustoso á acompañarlo, confiando en Dios  
“ que algun dia llegase barco con socorro, y que  
“ dejándoles algunos marineros para suplir de sol-  
“ dados, podrian convertir á Dios alguna alma, in-  
“ terin los señores superiores mandaban que vol-  
“ viese á subir la expedicion y tropa para poner  
“ en planta la espirital conquista.

Corria ya el mes de marzo y no parecia barco  
“ alguno de los que se esperaban; y permanecien-  
“ do constante el venerable padre en el ánimo de  
“ quedarse, se fué al barco á tratar este asunto con  
“ el comandante de mar don Vicente Vila, y le  
“ le habló de esta manera: “ Señor, el comandan-  
“ te de tierra y señor gobernador tiene deter-  
“ minado retirarse y desamparar este puerto pa-  
“ ra el dia 20, si antes no llega alguno de los  
“ barcos con socorro; impeliéndolo á esto así la  
“ escasez de víveres, como la opinion comun de  
“ que se ha cegado el puerto; aunque yo sospe-  
“ cho que no lo conocieron. Lo mismo pienso  
“ yo, respondió el comandante, segun les he oi-  
“ do y he leído en las cartas: el puerto está allí  
“ mismo donde pusieron la cruz. Pues señor,

“ dijo el venerable padre, yo estoy resuelto á  
“ quedarme, aunque se vaya la expedicion y en  
“ mi compañía el padre Crespi; si usted quiere  
“ vendremos aquí luego que salga la expedicion,  
“ y en llegando el otro paquebot, subiremos  
“ por mar en busca de Monterey.” Convino  
“ gustoso el comandante, y quedando de acuerdo,  
“ se retiró el venerable padre á su mision, guar-  
“ dando para sí aquel secreto.

Viendo el venerable siervo de Dios lo inmedia-  
“ ta que estaba ya la festividad del santísimo pa-  
“ triarca señor san José, propuso al citado coman-  
“ dante se hiciese la novena á este santo patron de  
“ las expediciones; y convenido á ello, se veri-  
“ ficó con general asistencia de todos, después de  
“ concluido el rezo diario de la corona. Llegó el  
“ dia de señor san José y se celebró la fiesta de  
“ este gran santo con misa cantada y sermon, te-  
“ niéndolo ya dispuesto todo para la retirada que  
“ el dia siguiente habia de hacer para la California  
“ antigua toda la expedicion. Pero aquella tarde  
“ misma quiso Dios satisfacer los ardientes deseos  
“ de su siervo por intercesion del santísimo pa-  
“ triarca, y dar á todos el consuelo de que viesen  
“ clara y distintamente un barco, que ocultando e  
“ de la vista el dia siguiente, no dió fondo hasta el  
“ cuarto dia en el puerto de San Diego. Esta vi-  
“ sion fué bastante para suspender el desamparo  
“ de aquel sitio y doctrina, animándose todos á la  
“ subsistencia y atribuyendo á milagro del patriar-  
“ ca santo el que en su propio dia, en que á la ex-  
“ pedicion se terminaba el plazo de su salida, se  
“ dejase ver el barco; y mayor fué la admiracion  
“ cuando se tuvo noticia de las circunstancias que  
“ para esto concurrieron; pero entre tanto paso á  
“ referirlas, remito á la consideracion piadosa del  
“ lector el singular gozo y alegría que poseia el  
“ corazon de nuestro venerable padre, que incesan-  
“ temente repetia á Dios las gracias, y asimismo al  
“ bendito santo, consuelo de afligidos, señor san  
“ José, á quien confesaba á boca llena, por tan es-  
“ pecialísimo beneficio, al que manifestandose agra-  
“ decido correspondia con una misa cantada al san-  
“ to, que celebraba con la mayor solemnidad el  
“ dia 19 de cada mes, cuya devocion santa conti-  
“ nuó hasta el último de su vida, como diré á su  
“ tiempo.

## CAPITULO XXI.

LLEGA EL BARCO Á SAN DIEGO Y SALEN LAS EX-  
PEDICIONES EN BUSCA DEL PUERTO DE MONTEREY.

Ya queda dicho en el capítulo XII cómo el  
“ paquebot San Antonio fué despachado á princi-  
“ pios de julio de 69 desde el puerto de San Die-  
“ go al de San Blas en solicitud de tripulacion pa-  
“ ra el San Carlos y víveres para todos, y que á  
“ los veinte dias de navegacion dió fondo en aquel  
“ puerto, sin mas novedad que la muerte de nueve  
“ marineros.

Luego que el excelentísimo señor virey é ilustrísimo señor visitador general recibieron los pliegos y por ellos la noticia de ir caminando la expedición de tierra para Monterey, y de la falta de tripulación y de víveres que esta experimentada por no haber hecho viaje el tercer barco, dieron prontas y eficaces providencias para que sin pérdida de tiempo se aviase y cargase el paquebot San Antonio y saliese para Monterey en derechura, sin tocar en San Diego, para socorrer la expedición de tierra.

Salió el barco y navegó felizmente para la altura de Monterey; pero como ochenta leguas antes de llegar á ella, le faltó el agua, y fué preciso arribar al canal de Santa Barbara para proveerse de tan indispensable carga útil. En arribándose á tierra, los cercaron luego los gentiles con sus canoitas, muy placenteros y serviciales; les enseñaron el agua y ayudaron á llenar de ella los barriles; y aunque no sabian nuestro idioma, pero con bastante claridad les dieron á entender por señas que la expedición de tierra habia retrocedido; que habia transitado dos veces por sus rancherías y tratado con ellos, y nombraban algunos de los soldados. Con estas noticias se quedó perplejo el capitán Perez para deliberar; pero compeliéndole mas la órden de los superiores, como cierta, que el dicho de los gentiles, que podia no serlo, determinó seguir su viaje para Monterey. Pero la casualidad ó accidente de haber perdido allí una ancla, que consideraba le habia de hacer mucha falta en aquel puerto, le obligó á mudar de intento y bajar á San Diego para proveerse con la del San Carlos. Este que parecia accidente fué la causa de que el paquebot San Antonio arribase allí y se dejase ver la tarde del 19 de marzo, por lo cual, como queda dicho, no llegó á desamparar la misión y puerto de San Diego.

Habiendo llegado este barco tan cargado de bastimentos, se resolvió por los comandantes de mar y tierra hacer de nuevo las expediciones en busca del deseado Monterey. Para la de el mar fué el citado paquebot San Antonio, y en él nuestro venerable fray Junipero, y para la de tierra el señor gobernador con los demás que en su diario refiere el padre Crespi. Salieron ambas á mediados de abril, y estando ya á bordo mi venerable padre lector Junipero, me escribió la siguiente carta, que no omito insertar, pues de su contenido se percibe el ardiente y fervoroso celo de la conversión de las almas que inflamaba su corazón.

“Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Palou. “Carísimo amigo, compañero y señor mio: Habiendo llegado á este puerto el día del señor san José el San Antonio, alias el Príncipe, aunque no entró hasta cuatro días después, determinaron estos señores segunda vuelta á Monterey. Va segunda vez el padre fray Juan

“por tierra y yo por mar; y cuando estábamos “en que no sería tan breve (aunque yo ya tenía “embarcado cuanto habia que llevar, menos la “cama), ayer sábado de Gloria muy tarde, recibí recado del capitán nuestro paisano don Juan Perez, que aquella misma noche habia de ser forzosamente el embarque. Embarquéme, y ahora estamos en la boca del puerto, “y la gente trabajando en las maniobras de la salida, desde que les dije misa muy de mañana.

“Quedan de ministros de San Diego los padres Parron y Gomez, con soldados en sus trabajos, viendo que tal cual son los menos mal librados de los que aquí estamos. Yo y el padre fray Juan vamos con el ánimo de dividirnos (así que venga escolta) uno para Monterey y otro para San Buenaventura, como ocho leguas de distancia, porque no se pierda por nosotros ni por el colegio la erección de aquella tercera misión de esta nueva California. Y en la verdad será para mí el mayor de los trabajos tal género de soledad; pero Dios hará la costa por su infinita misericordia. Si no tuviere lugar de escribir al colegio al reverendo padre guardian, suplico á vuestra reverencia lo haga en mi nombre, dándole razon de todo, y que esta carta la escribo sentadito en el suelo de esta cámara con bastante trabajo, y así he hecho con la adjunta del señor ilustrísimo, que es brevecita, dándole razon de lo propio. Por este barco no he tenido ni siquiera una esquelita ni una letra de nadie.

“En voz hemos tenido la noticia de la muerte de nuestro santísimo padre el señor Clemente XIII, y que se hizo elección en el excelentísimo señor Ganganelli, religioso nuestro, *Dominius conservet eum, etc.*, que en esta soledad me he alegrado mucho de tanta dicha, y también he sabido de la muerte del padre Moran, á quien estamos aplicando las misas de nuestro concordato. El no haber venido carta, dicen que fué porque salió este barco con destino de ir derecho á Monterey, sin tocar acá; por esto se dejó allá todas las cartas de los que estamos en San Diego, para que las traiga el paquebot San José, que dicen está destinado para acá; pero no ha llegado, y en opinion de estos señores náuticos es muy dudoso si llegará. Cuando venga el otro, como no ha de pasar adelante, aquí se quedarán las cartas, y leídas por los padres, harán lo que gustaren de ellas; porque no sé yo cuándo irán otros para nuestro destino. Y ya ha un año que no tengo noticia del colegio ni de su ilustrísima, y breve se completa el de la última de vuestra reverencia. Bendito sea Dios. Cuando haya ocasión estimaré nos procure cera para las misas é incienso. Si hubieren llegado compañeros de España, á sus reverencias todos juntos con los antiguos me encomiendo con fina voluntad. “Por carta del padre Murguía, escrita al capi-

“tan D. Juan Perez en el cabo de San Lúcas, “supe que el padre Ramos habia pasado á Loreto, llamado de vuestra reverencia á algunos negocios, y fué la cláusula de que mas me alegré, porque por ella supe el vivir vuestra reverencia y el padre Ramos, que no habia sabido otro tanto desde que salí de Vellicatá ó San Juan de Dios.

“Esta carta concluyo hoy, segundo día de Pascua, día de la profesion de nuestro santo padre san Francisco, porque ayer al cabo no salimos porque cambió el viento; pero ahora que serán como las siete de la mañana ya estamos salidos de la boca del puerto y vamos á remolque con la lancha de San Carlos, á cuyos marineros cuando se despidan la entregaré, *Deo dante*, para que la lleven á los padres de tierra y puedan entregarla á unos correos que me dicen van á despachar, así que se verifiquen las salidas de ambas expediciones.

“En fin, adios, carísimo mio, y Su Majestad nos junte en el cielo. Al padre Ramos y padre Murguía especialísimas memorias; y á todos los demás escribo una de cordillera, encomendándome en sus oraciones. Repito la supplica de que escriba vuestra reverencia al colegio en mi nombre, pues por lo repentino no he tenido mas lugar, y Dios guarde á vuestra reverencia muchos años en su santo amor y gracia. Mar del Sur, enfrente del puerto de San Diego, 16 de abril de 1770.—B. L. M. de vuestra reverencia afectísimo hermano, amigo, siervo, etc.—*Fray Junipero Serra.*”

Habiendo salido de San Diego el día 16 de abril, empezaron á navegar y á reconocer la contrariedad de los aires, que les hizo descender hasta el grado 30; pero habiéndose engolfado y mejorado de vientos, llegaron con felicidad, después de cuarenta y seis días de navegación, al puerto de Monterey, como se verá en el capítulo siguiente.

La expedición de tierra salió un día después que la de mar, y llegando al deseado puerto, que no conocieron en el primer viaje, á los treinta y ocho días de su salida, habiendo descansado solo dos días en el camino las bestias, segun se advierte en el diario del padre Crespi.

## CAPITULO XXII.

LLEGAN LAS EXPEDICIONES AL PUERTO DE MONTEREY Y SE FUNDA LA MISION Y PRESIDIO DE SAN CARLOS.

Satisfará lo que prometé este capítulo la siguiente carta que me escribió el venerable padre, en que me comunica su llegada á Monterey y lo que en aquel puerto se practicó.

“Viva Jesús, María y José.—Reverendo padre lector y presidente fray Francisco Palou.— “Carísimo amigo y muy señor mio: día 31 de

“mayo, con el favor de Dios, después de un mes “y medio de navegacion algo penosa, llegó este “paquebot San Antonio mandado del capitán don Juan Perez, y dió fondo en este hermoso “puerto de Monterey, el mismo, é invariado en “sustancia y circunstancias de como lo dejó la “expedición de don Sebastian Vizcaino el año “de 1603. Me fué de mucho consuelo, el que “se me aumentó con la noticia que aquella misma noche tuvimos de haber ocho días cabales “que la expedición de tierra habia llegado, y con ella el padre fray Juan, y todos con salud; y “mas cuando el día santo de Pentecostés, tercero de junio, juntos todos los oficiales de mar “y tierra y toda la gente junto á la misma barranquita y encino donde celebraron los padres “de dicha expedición, dispuesto el altar, colgadas y repicadas las campanas, cantando el himno *Veni Creator*, bendecida el agua, enarbolada y bendita una grande cruz y los reales estandartes, canté la misa primera que se sepa haberse celebrado acá desde entonces, y después cantamos la *Salve* á nuestra Señora antela imagen de su ilustrísima que ocupaba el altar, y en la misa les prediqué. Concluimos la función con el *Te deum* cantado; y después allá los señores hicieron el acto de posesion de la tierra en nombre del rey nuestro señor, que Dios guarde. Después comimos juntos en una sombra de la playa, y toda la función fué con muchos truenos de pólvora, en tierra y en el barco. A solo Dios sea toda la honra y gloria. En órden á no haber hallado este puerto los “de la expedición pasada y haber promulgado “que ya no existia, no tengo que decir ni por que meterme en juzgarlos. Basta que en fin “que se encontró y se le cumplieron, aunque algo tarde, los deseos á su ilustrísima el señor visitador general y á todos los que deseamos esta espiritual conquista.

“Como el pasado mayo se cumplió un año “desde que no recibí carta alguna de tierra de “cristianos, puede pensar vuestra reverencia que “en ayunas estaremos de noticias; con todo, solo “pido cuando haya ocasion el saber de vuestra “reverencia y compañeros, el cómo se llama “nuestro santísimo papa reinante para nombrarlo en el cánon de la misa por su nombre; “el saber si se efectuó la canonización de los “beatos José Cupertino y Serafino de Ascoli, “y si hay alguno otro beato ó santo, para ponerlo en el calendario y rezarlo, ya que parece estaremos despedidos de calendarios impresos; si “es verdad que los indios mataron al padre fray “José Soler en la Sonora ó Pimeria, y cómo fué; “y si hay otro difunto de los conocidos, para encomendarlo á Dios como tal; y aquello solo que “vuestra reverencia juzgue hacer caso para unos “pobres ermitaños, segrega desde la sociedad humana.

“Lo que tambien deseo saber es de la misión